

El 4 de septiembre de 1781 un grupo formado por cuarenta y cuatro hombres, mujeres y niños que se autodenominan «los pobladores» se establecen cerca del centro de lo que es actualmente la ciudad de Los Ángeles. El nombre del asentamiento es el Pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de Porciúncula. Dos tercios de los colonos son esclavos africanos fugados o liberados, o descendientes directos de esclavos africanos fugados o liberados. El resto son en su mayoría indios americanos. Tres son mexicanos. Uno es europeo.

Ven el resplandor a cientos de kilómetros de distancia es de noche y están en una carretera vacía del desierto. Llevan dos días yendo en coche. Crecieron en una pequeña ciudad de Ohio se conocen de toda la vida, de algún modo siempre han estado juntos, incluso cuando eran demasiado jóvenes para saber que lo estaban o lo que eso significaba, estaban juntos. Ahora tienen diecinueve años. Se fueron cuando él pasó a recogerla para ir al cine, iban al cine todos los viernes por la noche. A ella le gustaban las comedias románticas y a él las películas de acción, a veces veían dibujos animados. Empezaron a salir una vez por semana cuando tenían catorce años.

Gritos, él oyó sus gritos cuando detuvo la furgoneta frente al garaje. Entró en la casa corriendo la madre la arrastraba por el suelo sujetándola por el pelo. Le había arrancado mechones. Tenía la cara llena de arañazos. Tenía moratones en el cuello. Él las separó y cuando la madre trató de detenerlo él la golpeó, la madre volvió a la carga y él la golpeó con más fuerza. La madre dejó de intentarlo.

Él la cogió en brazos y la llevó a la furgoneta, una vieja furgoneta que nunca fallaba con un colchón en la parte trasera y carrocería de caravana encima de la cama. La acomodó con delicadeza en el asiento del pasajero la acomodó y la tapó con su chaqueta. Se sentó al volante, arrancó el motor, puso marcha atrás mientras la ponía la madre salió por la puerta con un martillo y se quedó mirando cómo se iban, no se movió, no dijo una palabra, se quedó parada junto a la puerta con el martillo en la mano, la sangre de su hija debajo de las uñas, el pelo de su hija todavía en la ropa y las manos.

Vivían en una pequeña ciudad de un estado del este era algún lugar ningún lugar todos los lugares, una pequeña ciudad norteamericana llena de alcohol, insultos y religión. Él trabajaba en un taller de chapa y pintura y ella de oficinista en una estación de servicio e iban a casarse y comprarse una casa e intentar ser mejores personas que sus padres. Tenían sueños pero los llamaban sueños porque no tenían nada que ver con la realidad, eran una incógnita lejana, algo imposible, nunca se cumplirían.

Él volvió a la casa de sus padres ellos estaban en el bar de la esquina. Cerró las puertas de la furgoneta con llave y la besó y le

dijo que no se preocupara y entró en la casa. Fue al cuarto de baño y cogió aspirinas y vendas, entró en su habitación y sacó del cajón la funda de un videojuego. Dentro de la funda guardaba los dos mil cien dólares que había ahorrado para su boda. Los sacó y se los metió en el bolsillo cogió algo de ropa y salió. Se subió a la furgoneta ella había dejado de llorar. Lo miró y habló.

¿Qué vamos a hacer?

Largarnos de aquí.

¿Adónde vamos a ir?

A California.

No podemos irnos a California así sin más.

Sí que podemos.

No podemos dejar atrás nuestras vidas.

No tenemos vida aquí. Estamos encallados. Acabaremos como todos, unos desgraciados borrachos y mezquinos.

¿Qué haremos?

Ya lo veremos.

¿Vamos a irnos a California sin saber qué haremos?

Sí, eso es lo que vamos a hacer.

Ella se rió, se secó las lágrimas.

Es una locura.

La locura es quedarse. Lo inteligente es irse. No quiero que malgastemos nuestras vidas.

¿Nuestras?

Sí.

Ella sonrió.

Él se puso en marcha torció hacia el oeste y se dirigió hacia el resplandor que estaba a miles de kilómetros de distancia, se dirigió hacia el resplandor.

Debido a la abundancia de agua y a la seguridad de una comunidad asentada, el Pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de Porciúncula creció tan rápidamente que hacia 1795 era la colonia más extensa de la California española.

A Joe el Viejo se le puso el pelo blanco cuando tenía veintinueve años. Estaba borracho, llovía, estaba de pie en la playa gritando al cielo, que era eterno, negro y silencioso. Algo, o alguien, le golpeó la cabeza por detrás. Cuando se despertó poco antes del atardecer había envejecido cuarenta años. Tenía la piel gruesa y seca, y le caía flácida. Le dolían las articulaciones y no podía cerrar los puños, le resultaba doloroso ponerse de pie. Tenía los ojos profundos y hundidos, y el pelo y la barba blancos, habían sido negros mientras gritaba y de pronto estaban blancos. Había envejecido cuarenta años en unas pocas horas. Cuarenta años. Joe vive en un aseo. El aseo está en un callejón detrás de un puesto de tacos del paseo marítimo de Venice. El dueño del puesto le deja dormir allí porque le da lástima. Mientras que lo mantenga limpio y deje a los clientes utilizarlo durante el día, le permite ocuparlo por la noche. Duerme en el suelo junto al retrete. Del pomo de la puerta cuelga un televisor de bolsillo. Tiene una bolsa de ropa que utiliza de almohada y un saco de dormir que esconde detrás de un contenedor durante el día. Se lava en el lavabo y bebe del grifo. Se alimenta de los restos que encuentra en la basura.

Se despierta cada mañana antes del amanecer. Baja a la playa y se tumba en la arena, y espera una respuesta. Contempla cómo sale el sol, contempla cómo el cielo se vuelve gris, plateado, blanco, contempla cómo el cielo se vuelve rosa y amarillo, cómo el cielo se vuelve azul, cómo el cielo es casi siempre azul en Los Ángeles. Contempla la llegada del día. Un nuevo día. Espera una respuesta.

En 1797, el padre Fermin Lasuén funda en el desértico borde septentrional del valle de San Fernando la misión San Fernando Rey de España.

Empieza a haber tráfico en San Bernardino, una ciudad que vive de la agricultura y el transporte situada en el desierto del otro lado de la frontera oriental del condado de Los Ángeles. Se encuentran en una autopista de dieciséis carriles, el sol está alto, los dos están cansados, emocionados y asustados. Ella bebe café y estudia un mapa mientras habla.

¿Adónde vamos a ir?

¿Ves algún lugar que pinte bien?

Esto es enorme. Hay demasiado que ver.

El condado de Los Ángeles es el más poblado de Estados Unidos.

¿Cómo lo sabes?

Sé mogollón, tía. Estuve atento en el colegio. Deberías saberlo a estas alturas.

Y una mierda el colegio. ¡Lo viste en *Jeopardy!*

Puede.

Déjate de puede. Lo viste.

¿Qué importa? Lo único que cuenta es que sé mogollón. Me llaman el Sabemogollón.

Ella se ríe.

De acuerdo, Sabemogollón, si tanto sabes dime adónde estamos yendo.

Al oeste.

Ella vuelve a reírse.

No me digas.

Vamos al oeste, y cuando lleguemos a nuestro destino, lo sabremos.

¿Y nos quedaremos allí?

Sí.

¿A ver qué pasa?

Sí.

Y cuando lo sepamos lo sabremos.

Así funcionan las cosas. Lo sabes cuando lo sabes.

Tienen diecinueve años y están enamorados. No tienen a nadie más aparte de ellos mismos. Sin trabajo y sin un techo buscan algo, algún lugar, cualquier lugar.

Están en una autopista de dieciséis carriles.

Se dirigen al oeste.

En 1821, el Tratado de Córdoba reconoce la independencia de México respecto de España. México asume el gobierno de California.

Putt Putt Bonanza. Suena bien, ¿verdad? Putt Putt Bonanza. Es fácil de pronunciar. Putt Putt Bonanza. Queda genial en un letrero, en una valla publicitaria. Putt Putt Bonanza, Putt Putt Bonanza.

Un minigolf de campeonato con setenta y dos hoyos (el Minio-pen de Estados Unidos se ha celebrado cuatro veces allí). Un kartódromo que reproduce tres de las curvas del de Mónaco. Un estanque de agua cristalina para los botes de choque. Una sala de videojuegos y máquinas tragaperras del tamaño de un campo de fútbol, una casa club donde se venden helados, pizzas, hamburguesas y patatas fritas, y los aseos más limpios y seguros de todos los parques de atracciones del condado de Los Ángeles. Es como un sueño que se extiende a lo largo de una hectárea y media en la ciudad llamada tan poco apropiadamente Industry, constituida básicamente por ranchos estilo años setenta y mini-centros comerciales. Es como un sueño.

El título oficial de Wayne es encargado jefe del parque, aunque lo único que hace en realidad es recoger la basura de los hoyos y las trampas de agua y arena. A sus treinta y siete años no tiene absolutamente ninguna ambición. Le gusta fumar marihuana, beber gaseosa de vainilla y mirar películas porno. Detrás de la casa club tiene una oficina, una habitación de metro veinte por metro ochenta con una silla y un televisor. Detrás del televisor esconde un montón de revistas y una cámara digital con un potente zoom que utiliza para hacer fotos a las madres cachondas que van con sus hijos al Bonanza. Solo puede hacerlo cuando el jefe no anda cerca y siempre procura no sacar a los niños, ya tiene 2.345 fotos. Vive en una casa destartalada de un barrio destartalado de la destartalada ciudad portuaria de San Pedro, que está a veinte minutos de ahí. Vive con su madre, que tiene setenta y tres años. No cree en Dios, pero cada noche antes de irse a la cama, a no ser que esté borracho y se olvide, pide a Dios que se lleve a su madre.